

LARGA ES LA NOCHE

Frank Correa

Los hijos los pierdes. Las mujeres las perdiste.
Solo el oficio te sostiene.
Ernest Hemingway

—¡Dame lo mío!

—¿Qué cosa? —pregunté.

—¡La mitad del dinero...! ¡Ahora!

Metí la mano en mi bolsillo. Corté el fajo de billetes en dos. Le di una.

—¡Falta!

Le entregué otro billete y la encaré.

No recuerdo por qué comenzó la pelea. De repente tomó la extraña decisión de bajarse en Matanzas.

Separó su ropa en el maletín y apiñó la mía en la mochila. Mi otro par de zapatos quedó fuera.

—¿Tengo que llevar esto en la mano?

—¡Haz lo que quieras!

Miré un momento los zapatos marrones de doble suelas, magníficos amigos que arrastraron mi existencia por inverosímiles caminos. Para demostrarle la magnitud de mi desarraigo los tiré por la ventana.

—¡Me importa un pito! —dijo—. Me voy para el fondo del tren... bien lejos... ¡Y no me busques...!

—Despreocúpate. No te buscaré.

Cargó el pesado maletín y se alejó por el pasillo, dando tumbos. Quedé solo.

Murmuré:

—¡Desgracia de vida...!

Por la ventanilla se veía el campo de Matanzas, sin sembrados. Al fondo, la Sierra Madruga-Coliseo. El chirriar de hierros y los bandazos me recordaron que iba en el tren Habana-Guantánamo, ahora sin compañía.

Tres horas antes, en la Estación Central, conseguir los pasajes fue una hazaña. La lista de espera llevaba muchos días sin avanzar y cuando la pizarra lumínica anunció otra vez: No hay fallos, hubo conmoción. El tren con largos pitazos anunció estar listo para la partida.

Semejante a un manicomio en caos la gente se agolpó en la taquilla, pero las empleadas corrieron un tapiz que impidió ver, entonces comenzaron a vender los pasajes por atrás de manera clandestina y a precios exorbitantes.

Aquel no era un viaje de placer. Problemas familiares de índole mayor nos obligaban y no dudé un segundo en pagar aquellas sumas.

Cuando tuve los pasajes en la mano una sensación de alivio me inundó. Tomaríamos aquel tren hasta San Luis y de allí un camión hasta Palma Soriano. Fue cuando tuve la fatal idea de bajar la tensión con unos tragos y así volver atractivo el viaje. Compré una botella de ron Havana Club añejo blanco 3 años. Una bomba de tiempo.

Ocupamos los asientos y le cedí la ventanilla.

Oleada de vendedores ambulantes nos hostigaron con sus productos.

Bebíamos el ron directamente de la botella y nos mareamos rápido.

Por más que lo intento, no logré ubicar el instante preciso en que colapsó de ira.

Tal vez fue por que no quise comprar aquel pan con pasta, de aspecto mísero. Ni los aretes de alambre dulce que una mujer ofertaba como oro golfi. Lo cierto es que dividió la ropa, exigió su mitad del dinero y se fue al final del tren dando tumbos con el pesado maletín.

Al poco rato una señora entrada en años vino hasta el asiento.

—Está ocupado —dije—. Aquí viaja mi esposa.

—Viajaba... Ahora ella tomó mi lugar en el coche 20.

Mientras se acomodaba me observó de reojo.

—¡Qué hombre más desagradable...!

—¿Quién?

—¡Usted! ¡Hacerle eso a una pobre muchacha!

—Señora..., yo no le hecho nada...

—Eso dicen todos... pero voy a advertirle... ¡Cuídese de mí...! ¡Yo... le meto un codazo!

Al otro lado del pasillo viajaban dos mellizas. Sus ojos me insinuaban que querían hablarme.

—¿Ustedes quieren decirme algo?

—Discúlpennos joven... lo vimos todos desde el inicio. ¿La muchacha que se fue... es su novia?

—No. Mi esposa.

—¿Casados por papeles?

—Sí. Como Dios manda.

—¿Y por qué actuó de esa forma? —preguntó una—. ¡Qué agresiva...! ¿Es normal en ella tanta violencia?

—El ron le hace daño.

—Lástima... —dijo la hermana—. ¿Para dónde van?

—Íbamos... para Palma Soriano... nos bajaríamos en San Luis y allí cogeríamos un camión hasta allá...

—¿Se jodieron las vacaciones...?

—No eran vacaciones. Ella tiene problemas familiares graves. Su abuela de ochenta años cayó en un hueco y se partió la cadera. Su padre y su hermano están presos.

—¡Dios santo! ¿Y ahora?

—¿Ahora...? ¡No sé...!

El vagón completo estaba al tanto de la pelea. Un hombre habló desde un asiento de atrás.

—¡Mi consejo, muchacho, es que una esposa así no la quiero ni regalá...!

La señora se incorporó.

—¡No le hagan caso! ¡Allá atrás la muchacha contó otra versión! ¡Éste... es un canalla...!

—¡Nosotras lo vimos todo! —dijeron las mellizas—. ¡Ella es la insoportable!

—Dejen eso ahora —dije—. Ya no hay remedio.

Recordé los apresurados preparativos del viaje cuando recibimos las malas noticias.

Como siempre, me encontraba sin dinero.

Salí a la calle.

Tuve que volverme un mago y convencer a un garrotero para que me prestara dinero con interés. Me pidió una garantía. Empeñé mi casa.

¿Qué tren vale lo que te pidieron por estos pasajes?

—Ninguno.

Dormí durante un rato.

Desperté con la parada en una estación bulliciosa.

Los tragos y la disputa no habían dejado tiempo a ver en qué viajaba.

Ahora, más tranquilo, eché un vistazo al viejo vagón destartado, con un grosero 2 escrito con crayola sobre una antigua numeración de fábrica.

La peste a orine proveniente del baño sin cerradura, ni agua, era insoportable.

Cucarachas sosegadas recorrían trayectos al parecer cotidianos.

El calor era sofocante.

El piso sucio.

Los asientos rotos.

El techo destartado.

Sentí que alguien me tocaba el brazo. Era una joven uniformada.

—Soy la ferromoza del último coche. Está llorando.

—¿Quién?

—Tú esposa. Dice que ya está arrepentida. Que vayas a hablarle.

—Dígale que me olvide.

—No seas testarudo. Ve y háblale.

—No quiero verla...

La ferromoza se marchó a su vagón. Una de las mellizas dijo:

—Mantente firme.

La señora que viajaba a mi lado preguntó:

—¿Qué tiempo llevan casados?

—Dos años.

—¿Ha sucedido antes?

—Siempre que bebe.

—El ron es el padre de la ruina —dijo. Pero no me interesó su filosofía.

—Siempre termino perdonándola.

—A las mujeres entiéndelas... ¡pero hay que enseñarlas...!

—¿Usted cree que no deba perdonarla más?

—Jesús dijo que hay que perdonar 77 veces 7.

—Entonces yo soy descendiente legítimo de Jesús.

—¡No blasfemes, hijo!

—¿Qué lugar es éste? —pregunté.

—Santa Clara.

La estación estaba repleta de gente.

Enjambre de vendedores con cajas en las manos subieron al coche vociferando:

—¡Pizza!

—¡Pan con jamón!

—¡Refresco!

—¡Dulces!

—¡Aguaaaaaaa...!

Anocheecía.

El coche tampoco contaba con alumbrado.

Adentro todo se volvió oscuro.

Media hora después se puso en marcha, con suma lentitud, como si el cansancio de todo el universo se arrastrara con él. Pero de pronto se detuvo otra vez, con un resoplido enfermizo. El revisor pasó con una linterna. Dijo que iban a darle paso al camagüeyano.

—¡Por eso es que se atrasa! —saltó una voz en la oscuridad—. Si a una vaca se le ocurre cruzar la vía, se detiene a darle paso.

—El viaje debe demorar quince horas, como norma —dijo uno—, pero a este paso si llegamos pasado mañana debemos considerarnos privilegiados.

La señora a mi lado fue más osada.

—A ellos les conviene eso, que se retrase bastante. Así cobran horas extras. Total, viven en el tren, venden comida inventada por ellos mismos y se buscan una fortuna con los pasajes. Yo tengo un primo que trabajaba en un tren y vivía como un millonario...

Hizo silencio cuando vio la luz del revisor regresar por el pasillo.

La inmensa oscuridad del campo me sofocaba.

Debía concentrarme ahora en regresar rápido a La Habana y buscar el dinero para recuperar la casa.

Palpé en mi bolsillo la hoja de la revista que anunciaba un concurso de minicuentos.

—¿Quién pagará tanto dinero por un minicuento?

--Seguramente un fanático de las historias breves. Tal vez lo ganes.

—¡Bah...! Debo pensar en cosas prácticas... Y si no encuentro dinero, ¿el prestamista tendrá cojones para matarme cuando no quiera entregarle la casa?

Por suerte una casa no es el tipo de garantía que puede agarrarse y ya. Una casa no se puede cargar para otro lado. Y la ley no ampara compromisos donde solo medien palabras.

—Recuerda que aún queda gente que mata por estafa —se advirtió—. Lo que tienes que hacer es trabajar duro, bien, con seriedad, y encontrar un tema para ganar ese concurso.

—¿Tú crees?

Al cabo de un rato el tren continuaba estático en medio del campo.

El calor de la noche era cruel.

Se escuchaban niños llorando y quejas de pasajeros desesperados.

—Ese es un buen tema: el tren. Otro tema: ella, arrepentida en el último coche. Y una anciana con la cadera partida en el fondo de un hueco y un par de disidentes presos...

—Estás lleno de temas hoy. ¿Qué eres... un temático?

—De todas formas tengo que salvar la casa. Es el único bien que poseo. Prefiero que me maten a perderla.

—¡Qué buen tema ése! Un minicuento premiable: Durante el viaje, solo pensó en salvar su casa.

Siempre especuló que El dinosaurio era un verso, y los demás minicuentos trozos de poemas.

—Escribe sobre la mujer. Acaso tengas suerte y des el paletazo.

—¿Qué paletazo?

—El triple salto mortal... la diana... o como quieras llamar al escabroso acto de acertar en un concurso.

La mujer que regresa de España luego de ver los cuadros de Goya, Velásquez, el Greco, Sorolla... en el museo del Prado, que viajó a Portugal, Marruecos, Canarias, Punta Hombría, Valencia, Sevilla, Huelva, y renunció al lujo y la comodidad para regresar a Cuba, con los suyos, a compartir el hambre, la incertidumbre y el sobresalto existencial, no pueden llamarla jinetera.

¿Qué pasa?

Las jineteras se quedan con el lujo y la comodidad. Como se han quedado otros, artistas, funcionarios, deportistas, hijos de papá. Que alguna vez tuvieron la dicha de viajar.

Entonces, se ensañan con la que regresa.

Le tiran la policía.

La citan a la unidad.

Como no ha tenido tiempo de sacar su carné de identidad, ni posee el cambio de dirección de La Habana, la encarcelan.

Luego de una semana de calabozo la deportan en un tren igual que éste, lento hasta el agobio y podrido hasta la médula. Que ahora permanece detenido en medio del campo.

—¿Tú crees que eso sirva?

—Por lo menos tienes el derecho de denunciarlo.

—Claro.

Una hora varado en medio de la noche.

Al fin apareció la potente luz del camagüeyano atravesando la oscuridad.

Su larga y oscura anatomía de vagones pasó veloz por su lado con su terrible ruido ferroso.

El largo silencio nocturno reinó otra vez.

Al rato, el tren se puso en marcha.

Los reductos de la embriaguez le impregnaron a la sucia oscuridad del vagón una extraña sensación de asco.

Puedo bajar con mi mochila en cualquier pueblo y regresar a La Habana, pensó.

Sin embargo continuaba soldado al asiento.

Tenía un remolino de pensamientos en su cabeza.

El amor cobró diferentes visos. De pronto era fante, luego un protagonista increíble.

—El amor es la cosa más inoportuna que existe —se dijo.

En la oscuridad hizo un movimiento con la mano, como si apartara la llegada de un pensamiento sombrío.

Los amores cotidianos van de principio a fin, como una elipse. Se funden en la habitualidad, nadie los recuerda o percibe. Son solo números en las estadísticas. En cambio los grandes amores que sobreviven al tiempo y al olvido son dolorosos, tristes y perecen de manera rápida. Razón tentadora para que los revivan los poetas en sus cuitas.

Ahora el movimiento del tren se volvió acompasado. La luna intentaba asomarse.

—¡Ten cuidado en Camagüey, muchacho! —dijo la señora a su lado.

—¿Por qué?

—¡En Camagüey roban maletines...! ¡Voy a poner el mío entre las piernas! ¡Para llevárselo tienen que arrancármelo!

En la oscuridad vi su gruesa figura poniendo a salvo sus bártulos.

Siempre que viajé en tren, cuando pasaba Camagüey robaban equipajes.

Los gritos desesperados de la gente ante la miseria añadida, provocaban aversión por los manilargos.

De todas formas, acomodar el maletín entre las piernas no era un seguro total. Mi tío Angelito, el de los tres infartos, en sus viajes a La Habana en tren siempre bebía con soltura y se jactaba de ser intocable alardeando de sus mañas: Descansar los pies sobre la maleta y guardarse el dinero en los zapatos.

Una vez le descubrieron el truco.

Aprovecharon su mala bebida y la oscuridad para robarle.

Cuando Angelito despertó por la mañana, le habían llevado la maleta, el dinero y los zapatos. Sus pies descalzos descansaban sobre una caja de cartón vacía.

La única manera de estar completamente seguro en un viaje es no dormir, o que la suerte te acompañe en el camino.

El tren era el medio de transporte de los pobres.

Si uno estaba realmente apurado, armaba el equipaje y se imbuía en la Estación Central, dónde los revendedores de pasajes o los empleados corruptos proponen asientos en los trenes a punto de partir.

En fin de año y en el período vacacional los precios se disparan hasta cifras repugnantes. No importa que el tren no tenga agua, ni comida, ni luz, siempre que avance adelante y llegue a alguna parte.

Los ómnibus son una cabeza de caballo. Los pasajes carísimos, mediante una reservación de muchos días de antelación, luego de una cola de ampanga.

El avión además de caro, tiene el aeropuerto lejos de la ciudad. Y una lista de espera que apenas avanza. Si alguien tiene que viajar con urgencia por el fallecimiento de un familiar, existe un protocolo estúpido donde el doliente debe presentar un telegrama recibido anunciando la tragedia. La empleada del aeropuerto, para poder vender el boleto, debe llamar por teléfono al lugar de procedencia del occiso y verificar si es cierta la desgracia. En caso de que al muerto lo velen en la funeraria el trámite se vuelve una tortura, porque los teléfonos siempre están ocupados.

Soe está en una oficina pequeña, al fondo de la unidad policial.

Un teniente hojea su pasaporte una y otra vez, como si esperara encontrar algo sucio en los cuños de la embajada de España.

No sabe que es un ardid de policía para ganar tiempo.

El oficial vuelve a preguntar lo mismo, de principio a fin.

—¿Así que España...?

—Sí —contesta nerviosa, triste, infeliz. Deseosa que todo acabe rápido. Lo que sea, pero que acabe.

—¿Cómo fuiste a España?

—En avión.

—¡No te pregunto en qué... sino cómo!

—No entendí la pregunta, disculpe... Me invitaron.

—¿Quién?

—Mi novio, que es español.

—¿Tu novio?

—Sí.

—¿Y cómo lo conociste?

—En la calle.

—¿Jineteando en Quinta Avenida?

—No, entrando a la Marina Hemingway.

—¿Frecuentas La Marina?

—Allí hay una tienda... para todo el mundo...

—¿Qué tiempo estuviste allá?

—¿En España? Tres meses.

—¿Y por qué regresaste?

—Amo a mi país.

—¿Lo amas? ¿De verdad?

—Sí. De verdad.

—¿Y tú carné de identidad?

—No lo tengo... aún no lo he sacado...

—¡Ah... porque no tienes carné de identidad...! ¡Ni dirección de La Habana!

¡Entonces, eres una ilegal...!

Soe se pone nerviosa.

Su configuración facial se contrae.

El peligro la asusta.

Lleva dos horas o más en esa oficina y con la policía nunca se sabe.

¿Fue un delito regresar?

¿Estupidez?

¿Locura?

El policía se pone de pie. Llama a un soldado que cuida el pasillo. Señala a la mujer.

No hacen falta palabras. El soldado la toma por el brazo. Ella está confundida.

Avanza.

Una extraña intuición le asegura que entre menos resistencia oponga, todo saldrá mejor.

Doblan a otro pasillo, con paredes llenas de musgos y se asusta más. La falta de higiene siempre es mal augurio.

Aparece una puerta de hierro. El soldado saca un mazo de llaves, escoge una, abre.

Entran a otro pasillo, apestoso y oscuro.

Se escuchan voces apagadas y chistes.

Mientras avanzan descubre celdas oscuras a ambos lados, con figuras acostadas en el piso o en posiciones meditabundas.

Al final le abren una celda, a la derecha. La conminan a entrar.

Su perfume Givenchi de repente es mutilado por olores corrompidos.

Descubre que hay más personas habitando el recinto.

Debe andar a tientas para no tropezar.

Encuentra un rincón y se desploma.

Está perdida.

Deben ser las dos de la madrugada.

El tren se balancea sobre los rieles con metálica rima.

Algunas luces lejanas ablandan la oscuridad del campo.

El cielo sin luna sugiere un alba imposible.

Tengo la siniestra impresión de vivir una noche perenne y me pregunto si el mundo se acostumbraría a vivir en total oscuridad.

—Sí. Hay lugares donde la noche es de seis meses, sin embargo viven. Mencióname una cosa a la que el hombre no se acostumbre.

Pasé revista a todas las cosas viles. Ninguna resultó acertada. Ni la muerte, la esclavitud, el dolor, la enfermedad, el desatino...

—¿Tú crees?

—Estoy seguro.

—¿Y ella? Al final del tren. ¿Vas a acostumbrarte a eso?

—Sí.

El tren aumentó la velocidad. Se recostó en el asiento.

Recordó su época de estudiante, en aquella escuela tecnológica donde había africanos, asiáticos, latinoamericanos y cubanos.

Fue cuando descubrió que podía resolver un problema matemático primero que un yemenita. O una ecuación química antes que un chileno, o un ecuatoriano. En cambio los marroquíes movían el balón de fútbol con soltura y siempre ganaban. Y en natación los coreanos eran insuperables. Pero en 100 metros planos una tarde marcó 10.55 al pasar como un bólido por la meta, con amplia ventaja sobre los

otros corredores, y el profesor de Educación Física dijo que el cronómetro parecía tener fallo.

Aquel año fueron las olimpiadas de Montreal, con los triunfos de Alberto Juantorena en la media distancia. Los muchachos estaban entusiasmados con el atletismo. Salían de las aulas directamente a la pista. Una y otra vez corrían los 100 metros planos con espíritu de romper el récord mundial de la categoría juvenil.

Los alumnos de las provincias orientales éramos los más asiduos.

Nuestra aptitud para el entrenamiento casi rozaba el vicio.

Se organizó una carrera de relevo 4x100 entre equipos de varios países y cómo si efectuaríamos una competencia oficial, sorteamos los carriles. La pugna se efectuó un domingo.

Felipín, Mengana y un muchacho al que apodaban Tambocha, clasificaron para integrar el equipo Cuba del relevo 4x100, pero la cuarta posta tuve que discutirla con Preval, un negro alto y musculoso, fanático de los atletas estadounidenses. Los imitaba en el vestir, ceñía su cabeza con una cinta que decía USA, cosió en su short listones de telas rojas y azules, y en la camiseta la numeración 666 y las letras ADIDAS. Llevaba medias altas hasta las rodillas, sobre los tenis pintorreteó la bandera americana. Caminaba por la pista con elegancia, como si una cámara lo estuviese filmando.

En el entrenamiento logré marcar 10.75 repetidas veces y un día antes de la confrontación, con un esfuerzo que casi me cuesta la vida, detuve el cronómetro otra vez en 10.55, pero desecharon el reloj y eligieron finalmente a Preval.

Fue la vez que comprendí que el esfuerzo y el sacrificio no son tan decisivos como a veces se pinta. Y que existe un margen de maldad reservado para los apelativos duros. Ningún equipo en la escuela entrenaba más que el nuestro, ni podía

superarnos en una carrera de relevo corto, pero en el último cambio, con todos sus músculos, su perfecta anatomía, su estalaje y la bandera americana, a Preval se le cayó el batón al recoger el pase y las esperanzas de ganar para Cuba se fueron al piso.

Era la época en que los jóvenes piensan que van a trascender en alguna actividad y se entregan con todas las energías.

Solo en esa etapa de la vida se puede forjar el carácter y la aptitud.

Más tarde ni la disciplina, el empeño y mucho menos la necesidad o la codicia pueden lograrlo.

Fui a otra parte de la pista, al área de lanzamientos.

Estuve un buen rato frente a los implementos, sin decidirme.

El disco me pareció un artefacto ortopédico.

El martillo, peligroso, sólo de intentar levantarlo me golpeó la rodilla.

La bala, torpe y pesada.

Escogí la jabalina.

Es decir, una jabalina que el centro de alto rendimiento deportivo Cerro Pelado le había prestado a la escuela con carácter devolutivo.

Éramos diez jóvenes inscritos.

En los primeros entrenamientos, el instructor clavaba la jabalina en la tierra frente a nosotros y nos impartía clases teóricas.

Ensayamos mil veces la carrera de impulso y tres mil esa ejecutoria del brazo simulando el lanzamiento, un reflejo condicionado fácil de adquirir.

Al séptimo día el profesor nos comunicó que al fin íbamos a tirar.

Hicimos una fila, nos entregaba la jabalina para el lanzamiento y luego quien la tiraba la traía nuevamente.

Los muchachos lograban tiros cortos, sin la parábola óptima.

Algunos tiros después llegaron más lejos.

Cuando tocó mi turno descubrí que las alumnas de gimnasia se habían agrupado tras nosotros para vernos tirar.

Entusiasmado con el público femenino apreté fuertemente el dardo metálico y lo sostuve sobre el hombro, como un atleta olímpico. Creo que en realidad sentí eso, la aclamación de unas gradas repletas y la esperanza de una medalla. Empecé la carrera con seguridad, llevé el brazo bien atrás y añadiendo todas mis fuerzas al implemento lo arrojé bien lejos.

La jabalina se elevó en el aire con lentitud y comenzó a alejarse... y alejarse... salió del área de lanzamiento, dejó atrás la piscina, cruzó sobre los dormitorios y se perdió en el follaje de unos almendros.

Estuvimos toda la tarde buscándola.

Revisamos la maleza del potrero que colinda con la escuela.

Cada cierto tiempo y con muy mal humor el profesor me gritaba:

—¡Tú procura que aparezca...! ¡Tú procura...! ¡Esa jabalina no es de la escuela...! ¡Es prestada y hay que devolverla...!

Escudriñamos con mucho empeño. Incluso corté la hierba con un machete y no pude encontrarla.

A veces me gusta pensar que fue un disparo para récord olímpico.

Todas las tarde después de clases, el instructor organizaba una exploración por la zona boscosa buscando el implemento.

Una semana después, las tiñosas con su vuelo circular y la peste que se hizo insoportable, anunciaron evidencias de una muerte cercana. Dentro de un matorral

espeso, en una cañada, hallaron el cadáver de un caballo con la jabalina atravesada en el cuello.

El asunto hubiera suscitado un proceso penal, pero el animal pastaba sin autorización dentro del perímetro de la escuela y su dueño no quiso reclamar. Luego incursioné en ajedrez, pero me retiré rápido porque me gustaba demasiado el sacrificio de piezas. Si en el medio juego la partida no se revertía a mi favor le quitaba interés. Jamás jugué finales.

Deseché la natación por no saber nadar.

Las pesas exigían demasiado esfuerzo físico y los hombres se contemplaban demasiado.

En béisbol logré coger un fly que se iba de jonrón. En el último instante salté aparatosamente sobre la cerca, tiré un guantazo y de casualidad atrapé la bola. El manager del equipo me llamó aparte. Tomó mis datos personales. Me dijo que si escuchaba sus consejos llegaría lejos.

Yo estaba acostumbrado a jugar con pelota de goma y sin guantes. Atrapaba con elegancia. Incluso tenía fuerza al bate. Pero al duro era otra cosa. Y en mi primer juego oficial, el pitcher contrario lanzó una recta tan rápida, que solo escuché el sonido de la mascota.

—¡Strike...! —gritó el árbitro.

Hice varios swings al aire intentando alejar mi nerviosismo. El manager estaba molesto porque yo no buscaba señas. En realidad todo el campo daba vueltas ante mí. El pitcher hizo sus movimientos y lanzó otra recta. Pareció comprender que yo era un out por regla.

—¡Strike dos...!

El manager pidió tiempo y fue hasta el cajón de bateo. Me insultó en voz baja. Perdíamos por una carrera y había corredor en segunda. Al tercer lanzamiento hice swing y choqué la esférica, que venía a 90 millas. El impacto del bate con la bola produjo un corrientazo que recorrió todo mi cuerpo y salió un batazo de poca fuerza pero bien colocado entre dos jardineros, que marcó una elipse hasta tocar la hierba.

El corredor de segunda anotó sin dificultad, en cambio yo permanecí clavado en home, con mis brazos retemblando todavía y sin aliento.

—¡Corre...! —me gritaba el manager.

—¡Correeeeee...! —gritaban los demás jugadores del equipo. Pero no me moví, ni siquiera solté el bate.

Y el jardinero derecho tuvo tiempo de recoger la bola y tirar a primera base para ponerme out. Allí concluyó mi historia beisbolera.

Más tarde comencé a jugar fútbol. Desarrollé cualidades sobresalientes y una destreza que molestaba a mis rivales. Pero al parecer no estaba destinado a ser una estrella deportiva. En el primer partido de la Liga Juvenil, un defensa contrario me partió un tobillo de una patada con unas zapatillas de calamina.

—¿Crees que hubieras llegado a ser un gran deportista, sin esas maldades caprichosas del destino?

—Sí.

—Bueno... ¿Entonces, tu vida sería ahora distinta?

—¡Claro! ¡Muy distinta!

—¿Cuántas cosas hubieran cambiado?

—Todas.

—¿Y la mujer? Si estaba en tu destino conocerla, deportista o lo que fueras, estaría ahí, en el último coche, metida hasta los tuétanos en tu vida.

—Es posible.

—¿Ya pasamos Camagüey? —le pregunté a la señora cuando desperté.

—Hace rato.

—¿Pasó algo?

—Lo de siempre, cogieron a uno robándose un maletín. ¡Le dieron una cantidad de golpes...!

—¿Sí?

—¡Ay mijo... por poco lo matan! ¡Pero qué manera la tuya de dormir...!

—Fue la bebida... ¿Y qué hicieron con el ladrón?

—Lo bajaron en Camagüey... pa' la policía... ¡Yo no dormí un segundo, ni cerré los ojos! Tuviste pesadillas. ¿Aún estás borracho?

—Ya no. ¿Qué hora es?

—Casi las cinco. La ferromozza ha venido tres veces. No dejé que te despertara.

—Gracias. ¿Qué quería?

—Algo cómico. Parece que han surgido apuestas. En el último coche dicen que te bajarás tras ella en San Luis. Y los de este vagón, que la olvidarás para siempre y seguirás para Guantánamo.

—Perderán los que piensen que bajaré en San Luis. ¿Y qué le importa eso a la gente?

—¡Imagínate, en este tren no hay televisor, ni radio, ni siquiera luz! Es un viaje muy largo. Tienen que entretenerse en algo.

—¿Y de ella? ¿Qué has sabido?

—Que no para de llorar.

—¿Eso es bueno o malo para las apuestas?

—Depende del lado que lo mires.

—¿De qué bando estás?

—Neutra. Debes hacer lo que tu corazón te dicte, para que luego no te arrepientas.

En la oscuridad del vagón podía sentir el lento y desesperado paso del tren bajo la noche, como una serpiente de hierro atravesando el campo.

Acomodé la mochila a un costado, de manera que al recostarme me sirviera de almohada.

Todos los descalabros llegaron juntos.

Su padre y su hermano están ahora tras las rejas, pero son hombres y enfrentarán cualquier contingencia.

En cambio su abuela es lo más grande que tiene en la vida y la noticia de la caída en el hueco es igual que si ella también se desplomara.

—Firme aquí —le dijo el hombre de los espejuelos oscuros—. ¿Su hijo también va a firmar?

—¡Claro! Ven acá Luis Miguel, firma esto...

—¿Qué cosa?

—El Proyecto. Pa' tumbar al gobierno.

El muchacho miró la planilla.

Algunas firmas antecedían ya a la del padre.

En el espacio consecutivo asentaron su nombre y apellidos.

—¿Qué cosa es eso? —preguntó el joven—. ¡Si no me lo explican, no firmo!

—Muchacho... eso es pa'...

—Déjeme explicarle yo —dijo el de los espejuelos oscuros—. Mira muchacho, el Proyecto es una recogida de firmas para obligar al gobierno a que realice una consulta popular, si se reúnen y presentan la cantidad de firmas exigidas en la Constitución. ¿Entiendes?

El joven Luis Miguel permaneció en silencio. No sabía absolutamente nada de política. Alcanzó el noveno grado con dificultad, pero su vida era el kárate. Ostentaba la cinta negra del estilo Joshimon y ganaba su dinerito impartiendo clases a niños.

Las cosas andaban muy mal en el país, pero él decía que era karateca, no político. Nunca entendió el signo apasionado de su padre, un mecánico que arreglaba autos y motos sin cobrar un centavo, porque decía que la cosa estaba jodida y entre cubanos teníamos que ayudarnos. Para después ir a la mesa con los platos vacíos.

Luis Miguel era hosco, introvertido. No reía nunca. Hablaba con parquedad.

—No entiendo.

El hombre de los espejuelos oscuros mostró entrenada paciencia. Relató sucesos recientes donde se violaban los derechos humanos y cómo El Proyecto iba a arrinconar al gobierno para obligarlo a una apertura.

—Luego tendremos democracia.

Luis Miguel seguía sin entender. Eran casi las cinco. Hora de comenzar sus clases de kárate.

—Tu firma será considerada una contribución importante a la causa. Desde este momento serás un gestor.

—Piensa... —repitió el padre—. ¡Un gestor...!

El joven no tenía la más remota idea del significado de aquella palabra, pero eran las cinco y se estaba demorando. Tal vez si firmaba y se iba, llegaría a tiempo a las clases.

—¡Eso es! —dijo el hombre de los espejuelos oscuros cuando Luis Miguel firmó la planilla—. La lista va caminando.

—¡Muy bien, hijo...! ¡Anda, ve a tus clases!

Enfundado en su kimono blanco, Luis Miguel entrenaba los movimientos de Senkuso dachi a más de veinte niños, alineados en cuatro filas.

A pesar de su juventud era un profesor excelente y los padres de los niños le tenían confianza.

Algunos pequeños ostentaban la cinta amarilla y otros la color naranja séptimo kyu, pero a partir de aquella firma Luis Miguel no dejó de pensar en el hombre de los espejuelos oscuros. Le preocupaba su hablar pausado y sobre todo, no verle los ojos tras los cristales.

Una cosa sí estaba clara en su cabeza: la policía no razona con la gente que se le revira al gobierno, y en menos de lo que canta un gallo les parten las patas.

Cuando terminó la clase regresó a su casa, callado como siempre.

Después de bañarse salió al portal, a coger fresco. Su padre, embarrado de grasa de pies a cabeza, se le acercó.

—Hoy diste un paso muy grande en tu vida, hijo.

—¿Sí?

—Tú no imaginas el gran paso que diste hoy al firmar el Proyecto. Puedes sentirte ahora un hombre de verdad.

—Soy un hombre hace rato —dijo Luis Miguel.